

perfidia, según los casos, y sin contar con los ruines anónimos y la grosera calumnia.

Ahora bien, meditando sobre esto, fácil es comprender la seguridad de que este y no otro es el pago que un hombre de corazón sincero recibe de estas amantes: verse obligado a verter verdaderas lágrimas, a experimentar grandes contrariedades, a sufrir acerbos dolores, a ser infeliz y a derramar muchas veces su sangre. También tengo por cierto que apreciadas estas circunstancias, no parecerán a nadie demasiado severas las tres conclusiones siguientes:

XXVI

El corazón hace de la mujer un sér sublime, los sentidos, con su materialidad, un sér verdadero. El monstruo es producido por la frialdad moral y física en el cerebro.

XXVII

Dalila debió hacer traición a Sansón, únicamente con la esperanza de experimentar sensaciones entre aquellos brazos que iba a entregar a las cadenas.

XXVIII

Se puede estimar a ciertas mujeres que tienen un amante por placer.

MEDITACION VIII

DEL «FLIRT» Y DE LAS COQUETAS

Si bien las relaciones amorosas entre el amante y la amada, en el concepto en que he intentado describirlos, son la mayor parte de las veces una guerra con marchas y contramarchas, batallas libradas y perdidas, derrota final y degüello; existe también, como en los verdaderos ejércitos, la guerra simulada entre ambos sexos, aquella en que todo es juego y simulacro. Esto es lo que se llama el *flirt*. ¿Quién había de conocer en este monosílabo británico, tan seco y punzante como una saeta, el bonito verbo francés de antaño, *fleureter*, echar flores?

Recuerdo una escena que me produjo, por el contraste, una sensación muy viva, basada en la consideración de la verdadera disparidad que existe entre las costumbres que han ocasionado la diferencia entre las dos predichas palabras. ¡Cuánto tiempo hacía de esto! Descubrí en un almacén de antigüedades una cajita de marfil, que compré para Coleta. Era del siglo XVIII y su tapa estaba adornada con una miniatura representando a dos enamorados, bailando ale-

gre y tiernamente un minué al son de una especie de gaita tocada por un enano en medio de un delicioso paisaje, que figuraba casi el otoño, porque las hojas de los árboles ofrecían en algunos sitios matices dorados, como los que se dejaban ver entre los polvos que cubrían los cabellos de la bailarina, pero era verano todavía, pues entre las ramas se divisaba el cielo de un color azul suave y pálido como la seda de la chupa del bailarín. Éste aparecía de frente y se reía, levantando la mano que tenía libre, mientras que ella se presentaba de perfil, dando graciosas vueltas con su vestido de color de rosa. ¡Dios mío! ¡Cuán poco a propósito he nacido yo para vivir en este París de la decadencia, en donde tanto se ha gastado mi corazón, amando a la perversa mujer a quien llevaba aquella miniatura, en una helada noche de invierno! ¡Me parece estar aún subiendo la escalera del teatro Francés, sacando de mi bolsillo la caja para mirar otra vez a los dos amantes! A fin de no ocultar nada, diré: que el joven se parecía algo a mí, y su amada mucho a Coleta, en lo delgado del talle y en la gracia de su sonrisa. La idea de que aquella miniatura era la imagen de dos seres en iguales condiciones antaño que Coleta y yo, pero felices, me precipitaba en esa melancolía, rayana en la locura, que tan sensible hace al alma y tan enferma la pone.

Y esto ocurría en los pasillos del teatro, delante de los cuartos en que los actores se vestían para el segundo o tercer acto. Cuando entré en el de Coleta, se hallaba sentada delante del tocador, ocupada en arreglarse la cara. Dos cosas leí en su mirada: la primera, que la incomodaba, y la otra, que estaba en

uno de aquellos momentos en que hablaba sin talento. Sentado en una de las butacas de aquel cuarto estaba un elegante, con facha de cochero, con quien había de serme infiel un día, si es que no lo había sido ya. No sé por qué la di la cajita; estuvo mirando la miniatura y luego se la entregó al caballero diciéndole: «—Mirad, Salvaney, he aquí una singular manera de *flirter...*» ¿Podía yo contestarlo que la bailarina del vestido de color de rosa y el bailarín de la chupa azul no *flirtaban*, sino que se echaban flores? ¿Esto me hubiera evitado acaso el tener el corazón transido de dolor una vez más, al ver tan pronto mi pobre cajita, con tanto placer adquirida, colocada entre los botes de *coldcream* y el colorete, y a aquel Salvaney bromeando con ella en mi presencia, como si no hubiese yo estado allí?

Y ahora me pregunto qué es lo que habrá hecho con aquella miniatura... Sí, ¿delante de qué *flirt* de esa cruel mujer, seguirá el enano tocando la gaita y se sonreirá el hombre que tiene parecido conmigo y dará vueltas la bailarina que se le parece a ella, con su vestido de color de rosa pálido, como una felicidad que se va acabando? ¡Vaya señor doctor Claudio, analista de profesión, pretendido conocedor del alma de la mujer, recoged vuestro escalpelo y vuestro microscopio y demostrad a la honrada asamblea los pequeños experimentos que sabéis hacer! No estáis aquí para coger rosas, sino para presentar fibras y para disecar trozos del corazón humano... ¡Ah! ¡Cuán to más dulce es el perfume de las rosas!...

Ha desaparecido, pues, ese antiguo verbo francés, como las florecitas blancas o de color lila de la estación en que se inventó; y el duro monosílabo inglés ha triunfado. Este designa primero la cosa, como cuando vuestra amada os dice «el *flirt* me divierte»; después la costumbre «estoy algo *flirt*», exclama en otro momento, y por último, el caballero o la señora entre quienes se practica esa costumbre. «—De Fulano—suele decir vuestra amante—, supongo que no tendréis celos, es mi *flirt*.» Y comprendéis que ella entiende por esto un leve galanteo sin consecuencia.

El buen Littré, que ha tenido la curiosidad de estudiar y recoger datos respecto a esta frase nueva, es del parecer de las mujeres y la define así: «Palabra inglesa que significa un pequeño galanteo *sin importancia* entre jóvenes de distinto sexo...» ¡Oh, estos filólogos, qué cándidos son! Yo, que no soy analista, pero que he sido, soy y seré celoso hasta que muera, es decir, uno de esos insensatos que quieren saber a todo trance lo que les puede hacer daño, era precisamente el pequeño galanteo el que excitaba mi curiosidad en un grado tal, que torturaba mi alma. ¿Cómo empieza y dónde acaba?... Y aun hoy día, retirado ya del mundo, quisiera a lo menos adivinar el verdadero significado que las mujeres atribuyen a ese término tan claro como indefinible.

Visitaba yo un día el Louvre con una señora americana, de paso en París, y nos detuvimos delante de un cuadro de un pintor primitivo, que representaba una resurrección. Algunos frailes salían de sus tumbas abiertas y unos serafines con aureolas les besaban cariñosamente en la boca.

—Mirad, señor Larcher—me dijo mi compañera con el más sencillo candor—, estos frailes *flirtan* con los ángeles...

Esta frase me dejó pensativo, y el «pequeño galanteo» me hubiera hecho siempre mal efecto, si algún tiempo después, habiendo yo usado la palabra *flirt* delante de otra señora de nacionalidad inglesa, no me hubiese interrumpido ésta, con ese aire de indiferencia, casi de desprecio, que tan propio es de los anglosajones y tan profundo en ellos como el mar que se para la isla virtuosa del continente corrompido, diciéndome:

—Dispensadme, caballero, pero esta es una palabra que no he oído pronunciar más que en Francia.

Al oír esta frase, me sentí cubierto por la infamia galo-romana; pero no avancé un paso en la definición de ese peligroso juego o de ese amor sin amor, que se parece al verdadero desafío entre ambos sexos, como un asalto en una sala de armas, al duelo que se verifica en el campo. En *Fleureter* (echar flores), hay *fleurer* (florear), hubiera dicho Víctor Hugo. Este juego es, en verdad, algunas veces muy inocente. ¿Habéis visto en un salón a una señora joven sentarse lejos de los demás para hablar con un hombre viejo o joven? Su brazo desnudo roza con la manga negra del frac de su interlocutor; su pie, aprisionado en una media de seda calada y en un zapatito de raso, se estremece nerviosamente en el cojín de seda en que está apoyado, y en cada movimiento del abanico guarnecido de plumas, el hombre percibe el suave perfume que dimana de los delicados hombros, del traje, o de los cabellos de aquella mujer, que osten-

tan un magnífico prendido de piedras finas. Ella habla con él en voz baja, ¿qué le dice? ¿qué le contesta él? La joven se ríe, y esa risa deja ver una dentadura tan blanca como el marfil. Los ojos del afortunado que se encuentra junto a ella, brillan y demuestran la satisfacción de su amor propio y también la delicia física que se apodera de un hombre «distinguido» —esta es otra bonita palabra del antiguo francés—, siempre que se halla conversando con una mujer hermosa. Cuando media hora después la pareja se separa, no falta nunca alguien que se acerque a la mujer para decirla con tono descontento, irónico, indulgente o ligero:

—Bastante habéis *flirté* esta noche..

—Qué he de hacer—me replicó una amable señora a quien dirigí yo estas palabras—, el *flirt* es el pecado de las mujeres honradas.

Esta es otra definición que, por desgracia, no conviene más que al *flirt* de las mujeres honradas y de ningún modo a las otras. Pues bien, es preciso creer que esas otras consideran como lícito todo lo que no sea lo esencial de la posesión, desde los apretones de manos y los de cintura, hasta las características y más expresivas caricias, y digo esto, apoyándome en las extrañas confianzas que me han hecho algunos de mis jóvenes amigos. Tenía yo uno de éstos que de cuando en cuando iba a mi casa para someter a mi juicio sonetos que escribía para una linda marquesa, no recuerdo si separada de su marido o viuda. Me contaba, con la discreción propia de la juventud, que es también la de los tambores, las citas que tenía con ella, sus paseos en coches de alquiler, sus correrías

por los bosques que rodean París, y todo esto acompañado de ciertas libertades, que volvían loco al pobre muchacho, el cual me decía:

—Es leal... me ha dicho muy claramente que no le gusta más que *flirter*, pero que nunca tendrá amante.

Por lo visto, si el *flirt* es el pecado de las mujeres honradas, es a la vez la honradez de las pecadoras. Convendría, pues, si se dibujase un mapa del país del moderno amor, distribuir ese territorio en dos regiones: la de *Flirt y Virtud* y la de *Flirt inferior*. Los amantes no hacen esta distinción, y al conservar una palabra única para la una como para la otra clase de familiaridad, demuestran que los celos son el verdadero microscopio del analista.

Para estos lógicos del dolor, la mujer honrada, como la que no lo es, buscan en el *flirt* la misma sensación, cual es la que le produce el conocer el deseo que despierta ella en el hombre, deseo respetuoso, no confesado y poético como un homenaje en algunos casos, y en otros provocado, casi brutal y rechazado, pero que siempre es el deseo. Esa sensación es la causa de esa alegría, tan pronto ingenua como corrompida, que la mujer experimenta al sentirse deseada, alegría que hace sufrir a los que la aman, porque los que *flirtan* admitirían con gusto este axioma:

XXIX

No hay pudor ni impudor a medias.

¿Tienen razón en creerlo así? Siempre he pensado yo que sí, tratándose de mi amada, y que no, con relación a las de los demás. Esta no es mi mayor originalidad.

* * *

Se confunde muchas veces a la mujer que *flirte* con la coqueta, y, sin embargo, un abismo las separa. La primera goza con el estremecimiento voluptuoso que despierta en el hombre, quiere ser deseada, gusta del homenaje que este deseo rinde a sus encantos, se presta a ello, se divierte con ello y nada más. La segunda quiere ser amada sin amar y provocar pasiones de las que no participa. Así es, que la primera puede ser una criatura deliciosa que conserva bajo las apariencias de ligera las mayores delicadezas; la segunda, la verdadera coqueta, a la inversa, es siempre cruel, pues lo que desea con afán es procurarse la sensación de ver sufrir. Estudiad el manejo de la una y de la otra, y os convenceréis. Las bromas, la risa y hasta algo de puerilidad, caracterizan el principio del *flirt*. La coqueta cuida mucho primeramente de que creáis haber producido en ella una impresión profunda, y sobre todo seria. Quiere conducirnos por el camino de la pasión trágica, y la picante familiaridad es mal guía. Se trata de persuadirnos de que la habéis impresionado en gran manera, y, para conseguirlo, desplegará toda su astucia,

siendo una de ellas la de interrogar a las personas con quienes tratáis, sobre vuestras ideas, vuestros gustos particulares en libros, cuadros y funciones teatrales. Os hablará de modo que os hará comprender que, cuando no os halláis a su lado, vuestra figura no se separa de su imaginación, y su manera de recibirnos será tan diferente de la que acostumbra con los demás hombres que frecuentan su casa, que vuestra vanidad se hallará completamente satisfecha. Si se muestra alegre con los demás, será grave, casi triste, con vos, y se os figurará descubrir en ella a una mujer a quien nadie conoce. Si es reservada por costumbre, será con vos expansiva, y creeréis que habéis provocado su confianza. Si sabe música, escogerá algunos trozos, que no tocará más que en vuestra presencia, y al terminar, dirigiéndoos una seráfica mirada, cerrará el piano levantándose, como si entre vos y ella acabara de interponerse, para bendeciros, el alma de Chopín. Os consultará respecto a las compras que haga y estará siempre dispuesta a rechazar los objetos que no os gusten; no leerá tampoco más libros que los que la indiquéis. Si, felizmente para vos, no es aficionada a la música, ni al arte, ni a la literatura, someterá su tocado a vuestra elección y os consultará respecto a la hechura de sus trajes, con un aire tal, que os hará comprender que todo su destino depende de vos.

Estas finas maniobras son el abecé del tratado de la coquetería, tratado escrito en un idioma del que ningún hombre ha podido descifrar más que cinco renglones, teniendo la obra quinientas páginas. Cuando la coqueta comprenda que estáis perfec-

tamente convencido de que ocupáis por entero su corazón, ella es quien, sin que os deis la menor cuenta, se ha apoderado del vuestro y, ayudada por vuestra propia vanidad, empieza a torturaros con el mayor placer.

La mujer que *flirte*, por el contrario, tan pronto como se apercibe de que las bromas se tornan serias, no tiene más que un deseo, el de interrumpirlas, porque el inspirar grandes pasiones le produce una verdadera repugnancia. Como los grandes generales que varían de táctica, según los terrenos que ocupan, la coqueta sabe también usar el *flirt* con aquellos hombres que tienen la debilidad de considerarse como muy fuertes y que desconfiarían de la gran impresión producida por ellos. La coqueta, en tal caso, obra según esta ley: que el *flirt* es un estado de equilibrio inestable, en vísperas de inclinarse el balancín a un lado o a otro. El *flirt*, por lo regular, no llega a nada; pero algunas veces la naturaleza recupera sus derechos, pues ésta, salvaje e indomable, se burla de nuestras pequeñas combinaciones de salón. «Jugaré con los sentidos», dice la virtud que no quiere ceder o el vicio que no quiere funcionar; pero de pronto el orgullo y la sensualidad despiertan el animal que duerme en el hombre y en la mujer y cedan a su impulso.

En fin, volviendo a la comparación que he hecho antes, esto se parece a un asalto cuando el florete se rompe, hiriendo al que toca. El hierro ha penetrado, la sangre corre y el tirador, pálido, cae en tierra herido de muerte.

* * *

Sigamos una por una las etapas que el *flirt* puede y debe recorrer para llegar a la crisis que transforma en ópera seria la bufonada y en pasión, a veces muy dolorosa, las bromas ligeras e inocentes.

Primera etapa: Una tarde os vais a visitar a una señora a quien no veis con frecuencia, y como os sentís de buen humor, os presentáis más amable que de costumbre. Habituada a consideraros como visita de cumplido y por consiguiente fastidiosa, la señora se sorprende de que vuestra conversación la divierta. También lo notáis vos y salís de su casa satisfecho por haber descubierto una cosa nueva en ella, como ella ha descubierto otra también en vos. Volvéis a verla algunos días después; está sola, algo aburrída, y vuestra presencia la produce alegría; bromea con un tono que no tomaba nunca antes con vos, la contestáis lo mismo y esto es ya *flirt*. Puede suceder que por entonces tengáis una amante, y esta especie de alegre amistad con otra mujer os ofrece el saborcillo picante de una infidelidad inocente y permitida, sin contar que se encuentra en esto un descanso muy dulce del trabajo sentimental. Contraéis, pues, la costumbre de ir a casa de vuestro *flirt*, con la conciencia completamente tranquila, creyendo con firmeza que no os enamoraréis nunca, ni poco ni mucho, de dicha señora. Ella, a su vez, si no tiene más que deberes, encuentra, con el roce peligroso de este pequeño galanteo, el mismo placer que experimentaríais comiendo en un restaurant de a franco y yendo después a pasar la velada a un teatro de tercer orden. Si esta mujer tiene un amante *¡ché ché!*, como se dice en Toscana, éste bien merece que se le den

celos, porque bueno es probar a los hombres que la fidelidad es de apreciar, y que si se quisiera..., pero no se quiere. Vos no advertís, puesto que no estáis más que en *flirt* con ella, de que éste se halla en su luna de miel. No vale la pena de que pasemos al aforismo, o a subrayar la frase como se pasa al tono menor en las sonatas, o como pasan, por elegancia, del francés al inglés ciertas mujeres en sus cartas, para indicar que las lunas de miel se parecen a las morenas que se tiñen el pelo, que se vuelven rojas cuando envejecen.

Segunda etapa: Uno de los dos aficionados al *flirt* empieza a sentir cierto malestar, motivado por diversas causas. La mujer descubre, lo que no sabía antes, que amáis mucho a otra, y se siente herida, como si la hubierais sido infiel. ¿Por qué? No lo sabe, puesto que no os ama. Pero el amor propio tiene muchas de estas paradojas. Descubrís a vuestra vez lo que no sospechabais siquiera, que hay un hombre oculto en la vida de esa mujer, un hombre con quien se halla tan seriamente comprometida como lo está poco con vos. Aceptabais con gusto el ser la golosina, la comidilla, cuando creíais que no había comida formal, y ahora os ponéis furioso al saber que la hay sin que participéis del banquete, y os figuráis que sois por demás cándido y hasta... ridículo. Ella se despierta, pues, una mañana sintiendo que observéis de buena fe el contrato tácitamente pactado por ambos, y vos os despertáis también decidido a probarla que valéis lo bastante para que se os tema. Esta es la causa de la voluntaria desigualdad, por su parte, en el modo de recibiros, y por la vuestra, de la serie-

dad y de las frases llenas de amargura. Ella se burla de vos con esa facilidad admirable con que las mujeres cambian una palabra, dicha en broma, por otra que hiere; vos os portáis con ella como un celoso y con la dureza de un marido; la tempestad ruge en el aire cada vez que vais a su casa, y, si bien no estalla, ambos la sentís, lo mismo que los nervios enfermos sufren el influjo de la electricidad de la atmósfera antes de que se presenten las nubes. Y, no lo dudéis, esas nubes llegarán a cernirse sobre vuestras cabezas, y con ellas los relámpagos, los truenos y el granizo, que aplastará las lindas margaritas que estabais deshojando en la persuasión de que el último pétalo nada había de simbolizar.

Tercera etapa: Ya no hay luna de miel, ni blanca ni roja; pero el cielo se ha puesto negro como mi tinta o como el corazón de Coleta. En caso de *match*, apostaríais por el corazón. El hombre se ha prometido a sí mismo que poseería a esa mujer, cuya más oculta hermosura conoce algunas veces como se conoce un libro cuyas páginas se han hojeado, examinado sus grabados y manoseado la cubierta sin llegar a leer el texto. Ella, tan admirada como inquieta, al ver transformadas en instrumentos de ataque las familiaridades a que no atribuía ninguna consecuencia, manifiesta repentinamente una indignación verdadera. Otras veces, por el contrario, ganosa de saber hasta dónde puede llegar su poderío, os habla de vuestras visitas, cual de una obligación imperiosa que tenéis; vos os rebeláis contra esa apreciación, y la guerra empieza, como empezó también otro capítulo de esta *fisiología*, porque, llega-

dos a tal extremo, salís ambos de esa equívoca, pasajera y encantadora época de *flirt*, respecto a la que quisiera yo formular aquí, como en las fábulas se formula la *Moraleja*, algunos aforismos:

XXX

La mujer que flirte y el hombre que se complace en ello, dan señal de poco temperamento, como la acuarela la da del gusto en un pintor. Reservo esta preciosidad para la hoja de un álbum: «El flirt es la acuarela del amor.»

XXXI

Una mujer que ha amado verdaderamente, lo mismo da decir sufrido, mira flirte a los demás, con la mirada de una madre que ha perdido a su hijo, y que ve a otras niñas jugando a la muñeca.

XXXII

Algunos flirts empañan la honra de una mujer más que la posesión. La rosa separada de su tallo, puede conservarse lozana y pura; pero la rosa manoseada, aún cuando esté en capullo y en el rosal, está peor que marchita.

XXXIII

El único flirt inocente en absoluto sería el de una joven que no supiera nada de las realidades físicas

del amor. Se han conocido muchas hacia el año 1820, época en que se publicaron otras MEDITACIONES.

XXXIV

Se podría bromear con el amor, por más que el adagio diga lo contrario, si no se encerrasen en él ni amor propio ni actos materiales. No es el corazón quien hace trágico al galanteo medio sonriente y medio tierno. Los celos y el deseo bastan para transformar el capricho en pasión cruel. Se cree uno sincero, y lo peor del caso es que se llega a serlo, de modo que la mujer que más nos haga sufrir es algunas veces la que nunca hemos amado.

XXXV

Un jugador que se sentara en una mesa y se pudiera a jugar con la condición de que, si gana, no ganará nada, y si pierde perderá toda su fortuna, pasaría por un loco. Pues bien, esto es lo que hacen los hombres y las mujeres que se comprometen en un flirt seguido, puesto que éste no puede concluir mas que por NADA, si queda en mero flirt, o por el dolor de la pasión, si cambia de naturaleza. ¿Pero quién de nosotros no moriría en el desconsuelo si no hubiera conocido la pasión o no pudiera decir siquiera que la ha conocido?

XXXVI

«Llamo yo a las mujeres que flirtean, amadas secas.» Este es el dicho de una mujer muy honrada, que pretendía no haber flirtado nunca; pero su mirada expresaba bastante bien el desprecio, cuando pronunciaba las anteriores palabras. El desprecio demasiado intenso es producido por el recuerdo de la cosa despreciada; y pensar mucho en ella es porque se la echa de menos.

* * *

«O nada o pasión», he dicho hace poco, y es verdad que lo he dicho sin razón. El flirt puede también acabar por un sentimiento bastante ajeno al pensamiento que se desenvuelve en este libro y que en las relaciones de uno y otro sexo es muy raro ciertamente; pero se produce alguna vez. Es la correspondencia más deliciosa, más grata que ha podido inventar la civilización en las predichas relaciones: la amistad.

Sucede, en efecto, y me refiero al caso de un flirt del más puro color gris perla, sin ningún matiz demasiado fuerte, realizado por una persona que posea cualidades reales de talento y de corazón; sucede, repito, que la mujer que ha flirte, tiene lo que se llama alma oculta bajo una frívola apariencia. La casualidad os revela estas condiciones y descubrís en aquel espíritu la más agradable fineza, y en aquel corazón la más verdadera rectitud.

Estaba declinando la tarde cuando hablabais con ella, os sentíais algo triste, y en vez de conversar en

el sentido que teníais por costumbre, la habéis hablado como os habláis a vos mismo y os ha comprendido. Era la hora del crepúsculo, y como el criado tardaba en traer las luces, os dejó entrever poco a poco el fondo de melancolía que se apodera de las mujeres desde los veinticinco años y, sobre todo, cuando carecen del cariño que su corazón necesita. Habíais ido, pues, a su casa para charlar y pasar el tiempo tomando una taza de té, y salís habiendo encontrado a una amiga a quien no volveréis a tratar jamás del mismo modo que antes, es decir, con esa superfluidad hija de la indiferencia que tenemos al conversar con una mujer, de quien no nos acordamos un minuto después de salir de su casa.

Si hubierais sabido ayer que unían su nombre al vuestro en una de esas calumnias con que se regala cotidianamente la murmuración de la sociedad, os hubierais sonreído, feliz, confesadlo, por hallarse halagada vuestra vanidad masculina; mas hoy esa calumnia os heriría cruelmente. Si esta impresión de simpatía y de confianza, sentida una vez, continúa, conoceréis la dulzura de esa amistad femenina que posee toda la gracia del amor, sin ninguno de sus inconvenientes. Vuestra amiga se mostrará tal cual es, puesto que no necesitará mentir y os agradecerá que le evitéis, no deseándola, los sufrimientos que le han infligido los que la han amado o la aman. Desplegará para vos ese encantador talento de la mujer, para observar y decir lo que ha observado, sin fórmulas aprendidas. Los demás obtendrán de ella, si es mujer galante, lo que puede ofrecer la cortesana astuta y deprabada, y si no lo es, su retraimiento y su descon-

fianza; mientras que para vos habrá el abandono de la intimidad más delicada, con tal de que procedáis de buena fe y que ella a su vez pertenezca al grupo de mujeres que saben conservar un amigo.

Verdad es que estas condiciones no se aunan muchas veces porque tal clase de amistades, «voluptuosas», como las llamaba con mucho donaire un célebre escritor, son muy raras, tan raras como la poesía en la galantería, esa poesía que caracterizaba al hombre de la chupa azul pálido y a la mujer del vestido de color de rosa, que estaban pintados sobre la cajita de marfil que regalé a Coleta. Hubo un tiempo en que yo me decía: ¡Dios mío! ¡cuánto daría por conocer a fondo el corazón humano! Ahora soy menos pretencioso, y he aquí que para suspirar y gemir estoy olvidándome hasta del objeto de este análisis más o menos exacto que me propuse hacer. ¡Si pudiera siquiera ver la expresión de sus ojos cuando los fija en la maniatadura, acordándose de mí! Y si algún día lee estas páginas, debe saber que se las hubiera dado con sumo gusto para rizarse el pelo, hasta, y comprendido, el aforismo final.

XXXVII

Aprender a conocer a las mujeres, es aprender a conocer de antemano el detalle del mal que os han de hacer, sin ningún medio de preservaros de ello. Esta ciencia consiste en aumentar la miseria del amor por la previsión lúcida de esta miseria.



MEDITACIÓN IX

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

I

LOS DRAWBACKS.

Hay una Providencia para los analistas. Me parecía que no había de llegar yo nunca a concluir el capítulo referente al «encuentro de los amantes» que ha celebrado con tan lindos versos el poeta Augusto Dorchain. ¿Os acordáis? Especialmente de aquella estrofa en que decía:—... *ni los padres ni sus juramentos,— impiden que TODO SE CONJURE,— para el encuentro de los amantes...*

Había descripto ya los dos animales, el macho y la hembra, cada uno aparte y cuando estaba a punto de evocarlos, poniéndolos enfrente el uno del otro, agarrándose y devorándose, me perdía... Pero he aquí, que la otra noche, habiendo bosquejado un vigésimo plan de esa fatal meditación, cuya X se me aparecía como un caballete de tortura y hecho pedazos este plan, como hice los otros diez y nueve, salgo de casa